

SERMÓN DÉCIMO

(predicado en la iglesia de San Juan de Dios, Bogotá, 1896).

La sagrada Eucaristía, medicina y antídoto de la sensualidad.

Frumentum electorum et vinum germinans virgines.

Trigo de los escogidos y vino que engendra virgenes.

Zach. 9, 17.

1. No os parezca fuera de propósito, cristianos oyentes, que hablemos hoy de enfermedades y medicinas, cuando, para completar la festividad del glorioso médico celestial San Juan de Dios, nos congregamos á adorar de día y de noche al divino Señor sacramentado en estas solemnísimas Cuarenta Horas. ¿Por ventura no venimos hoy también á implorar del bendito Padre de los pobres y caritativo curador de los enfermos, alivio á las dolencias, harto más peligrosas y agudas que las del cuerpo, que aquejan nuestro espíritu enfermizo, si ya no víctima de mortal y desesperada enfermedad? ¡Ah! yo no veo por todas partes más que enfermos, más ó menos amenazados de muerte, y muerte eterna, porque tal es el triste espectáculo que por doquiera nos ofrece la sociedad humana, contemplada con los ojos del espíritu. Y ¡ojalá que á tantos dolientes les viniera al menos el deseo de sanar, y no estuviesen bien hallados con las enfermedades que los consumen! Entonces vendrían á postrarse, como lo hacen los que se afanan por la salud corporal, á los pies del caritativo médico San Juan de Dios, el cual les mostraría la piscina milagrosa, donde, mejor que en la de Jerusalén¹, hallarían la salud anhelada. Ellos no podrían alegar, como el pobre para-

¹ Io. 5, 2.

lítico de treinta y ocho años, que no tenían un hombre, un amigo que les diese la mano para echarse al agua agitada por el ángel de la salud; porque Juan de Dios, como tan amigo del ángel Rafael, sería para ellos ese hombre que, conduciéndolos al pie de Jesús sacramentado, los pondría en estado de feliz y pronta curación. ¿Qué mejor y más prodigiosa piscina espiritual que la sagrada Eucaristía? ¿No os parece, hermanos enfermos, que, no uno, sino todos cuantos acudieren á sus aguas saludables, habrán de obtener la salud? ¿No está escrito por el dedo de Dios que *no hay salud en otra parte*?¹ No extrañéis, pues, oyentes míos, que venga á hablaros hoy de enfermedades, porque Jesús sacramentado es aquel *que las sabe y quiere curarlas todas*².

2. Pero una hay entre todas que, por horrible, cruel y arraigada en lo más interior de nuestro ser, resiste á todo humano tratamiento, y hace hoy y continuará haciendo universal estrago en el género humano, si Jesús mismo, con su virtud infinita, no viene á curarla. Es aquella insanable llaga de pésimo carácter de la cual parece hablar Dios por Jeremías: *Insanabilis fractura tua, pessima plaga tua*³. No lo toméis á exageración, hermanos en el Señor; vosotros mismos lo reconoceréis conmigo tan pronto como os la designe con su nombre: es la sensualidad, monstruo — diré apropiándome las frases de un autor contemporáneo — que el mundo no conoce, á pesar de ser su víctima, y que yo quiero denunciar como el azote más terrible de la especie humana. Pero no: no es mi intento denunciarlo solamente, que bien penetrados estáis de su malignidad; quiero más bien proponeros su remedio en la sagrada Eucaristía. Remedio

¹ Act. 4, 12.² Matth. 4, 23.³ Ier. 30, 12.

heroico es éste, no puede negarse; pero también remedio eficazísimo, medicina y antídoto del cruel y asqueroso sensualismo, de ese mal que corroe la medula de los huesos á las nueve décimas partes de la degenerada familia de Adán. Ved aquí, pues, el grave asunto de vuestra piadosa atención. María, *salud de los enfermos*, intercederá por nosotros para que sea á todos de espiritual provecho. Al efecto saludemos como de costumbre á la más pura de las vírgenes. *Ave María*.

I.

3. Para apreciar lo heroico del remedio sería preciso conocer á fondo tres condiciones del mal que señalamos: su gravedad, su extensión, su incurabilidad. Es una plaga *pésima, universal, insanable*¹. Y con todo nos atrevemos á indicarle el remedio de la sagrada Eucaristía. No, miserabilísimos enfermos, apestados de la lepra más cruel y contagiosa, no hay que desesperar, si, como supongo, deseáis de veras la salud, porque Aquel que dijo al que yacía: — *¿Quieres sanar?* — añadió á la contestación afirmativa: — *Levántate, toma tu estrado y camina*. — Y la orden de Cristo se cumplió en el acto. El desahuciado de treinta y ocho años se halló repentinamente sano². ¿Quién desconfiará de tal virtud para curar?

4. El mal de que adolece la mayor parte del género humano, y es la plaga asoladora de las modernas sociedades, la sensualidad, es ciertamente un mal de pésimo carácter, es una enfermedad de muerte, y muerte eterna. No hablemos ya como cristianos diciendo que por efecto de este vicio tan abominable á los ojos de un Dios,

¹ Ier. 30, 12. ² Io. 6, 6—9.

que es puro espíritu y santidad por esencia, se precipitan al infierno á consumirse en eternas llamas la mayor parte de los que se condenan, y que «de cada cien réprobos, los noventa y nueve lo son por causa de la impureza»¹. Esta consideración sería bastante para hacernos comprender la gravedad del mal de que tratamos, si la fe tuviera en nuestras almas la vivacidad suficiente para esclarecernos é impresionarnos; pero, ya que esto, por efecto tal vez del mismo vicio, no sea así como debiera, discurramos como meros moralistas sobre las bases de la razón y la experiencia. Basta conocer la naturaleza del infame vicio. «Siendo la sensualidad, diremos con un conocido escritor, el amor desordenado ó el apetito de goces materiales, es la victoria habitual de la carne sobre el espíritu.» ¿Qué os parece de tamaño desorden y tan indigno trastorno moral, que sustituye al noble señorío del espíritu el oprobioso yugo de los sentidos, haciendo reina la que debía ser esclava, y esclavizando con vergonzosas cadenas á la reina de nuestro ser, la razón? ¿Lo comprendéis, enfermos voluntarios del mal de la voluptuosidad? Deberíais en toda situación ser dueños de vosotros mismos, sujetar vuestras inclinaciones sensuales, reprimir vuestros desarreglados apetitos, que para ello os dió el Criador fuerzas bastantes en el fulgor de la razón, en la energía del libre albedrío, y, supuesta la caída original, en la luz de la fe y en el poder de la gracia. *Bajo de ti estará tu apetito, tú te enseñorearás de él*, dijo Dios á Caín dominado por la ira y la envidia de su hermano². Y al Apóstol que pedía verse libre de la guerra cruel de

¹ S. Ligor. (apud Marchal, L'homme comme il le faut).

² Gen. 4, 7.

los sentidos¹, díjole el Señor: *Bástate mi gracia*². ¿Lo veis? Por fuerte que sea la mala inclinación, por recia y encarnizada que se presente la pelea, el hombre, responsable siempre de sus actos ante Dios y la conciencia, no puede ser vencido si resiste al ímpetu del enemigo, si sabe conservar la dignidad moral de hombre y de cristiano. ¡No! la carne no le dominará, mientras él no lo consienta. Y no debe, no puede consentirlo, á menos de abdicar cobardemente el cetro, de envilecerse y degradarse hasta el nivel de los irracionales³. ¿No reconocéis ya claramente la enorme gravedad del mal que llamamos sensualidad, abarcando en un solo vocablo todos los vicios de los sentidos que el Apóstol enumera con sus nombres propios, cuando dice que son bien conocidas las obras de la carne⁴? Sí, verdaderamente infinitos son los daños que él sólo apareja al hombre, ya como individuo, ya como miembro de la sociedad. Él solo es raíz de infinitas miserias de alma y cuerpo, fuente de lágrimas en el hogar, cenagoso manantial de desventuras para las naciones. La experiencia de acuerdo con la razón y la fe lo atestiguan diariamente. Conocido y demostrado es aquel terrible aforismo de la ciencia: «Los hombres no mueren, sino que se matan.» Y los hospitales lo comprueban.... Las familias lloran frecuentemente en secreto los desórdenes que produce ora la embriaguez, ora el libertinaje, ora la traición y la infidelidad conyugal. ¿Qué diré de las deshonras en que sume la pasión sensual á tantas víctimas de su tiranía? No es, pues, una enfermedad horrible, es una muerte espantosa la sensualidad, porque mata en el hombre todo

¹ 2 Cor. 12, 8.² Ibid. 9.³ Ps. 48, 13.⁴ Gal. 5, 19.

cuanto en él vive, alma y cuerpo, sentimientos generosos y rectos, honor, dignidad, energía para el bien, toda virtud....

5. ¡Y siquiera no fuese un mal tan contagioso! Y si no fuesen tántas, tantísimas las víctimas que arrastra día por día hasta el sepulcro, hasta el infierno! Esto es lo que más debe horripilarnos, si algún interés nos inspira, no ya nuestro bienestar personal, sino la suerte de la pobre humanidad. Bien sé que esta enfermedad no es de data reciente, sino tan antigua como el hombre mismo, puesto que precedió ya al diluvio universal, siendo ella otro diluvio de corrupción más espantoso que el que bajó del cielo á barrer toda la inmundicia de la tierra. Mas ¿quién duda que hoy, como en los días del paganismo antiguo, la sensualidad domina todo el mundo, y amenaza inundarlo enteramente en torpe ciego? ¿Qué dicen las modernas costumbres? ¿No es ya infinito el número de los sibaritas? ¿Cuántos hay en el gran mundo que, disponiendo de riquezas, no viven sólo para regalarse, anegándose en placeres? Y los que carecen de medios para satisfacer sus insaciables y locos apetitos, ¿no se desesperan? ¿no se llaman malaventurados? ¿no se hastían y reniegan de la vida? ¡Cuán cierto es lo que consigna un escritor bien experto en este asunto: «Tan encarnado está este vicio en las costumbres de nuestra degenerada sociedad — habla de Francia — que los sacrificios que se hacen para enriquecerse, no tienen otro objeto que el de adquirir con qué comprar deleites.... Al deleite se habitúan tan sin remordimiento las enervadas generaciones, que llegan á decir seriamente que la vida sin él no tiene objeto.»¹ ¿No

¹ *Marchal* l. c. cap. 5.

son éstas, cristianos oyentes, las máximas y costumbres que van tomando carta de naturaleza en todas partes? ¿No parece que á esto tienda, como á su último fin, todo lo que se ha dado en llamar adelanto y civilización? Por manera que lo sumo de la felicidad será el *máximum* del placer, ni más ni menos que en las doctrinas degradantes de Epicuro, perfectamente practicadas por Heliogábalo en la antigüedad, y por muchos Heliogábalos contemporáneos. ¡Lamentable situación de los espíritus en la hora presente! Niños, jóvenes, ancianos, hombres y mujeres, gentes de la clase alta y de la obrera, todos, con rarísimas excepciones, no aspiran más que á gozar por los sentidos, á saturarse de placeres materiales. Bien sabéis cuánto concurren á este general desorden las corruptoras doctrinas que van difundándose también por todas partes con el pomposo título de filosofía moderna, de verdadera ciencia; doctrinas inmorales en el fondo, por más que traten de disfrazarse con bellas palabras, doctrinas cuya aplicación no puede menos que producir el más crudo y descarado sensualismo. Por eso la Iglesia, única institución que vela por la sana moral como por la verdad religiosa, no cesa de anatematizar tales doctrinas, y lucha por apartar de esas fuentes envenenadas á sus hijos. Pero ¡ay! ¡qué poco pueden los desvelos maternos de la Iglesia! Nada valen sus advertencias saludables ni sus amenazas terribles, por ese ardid satánico, puesto hoy en juego por las sectas, de desacreditar y escarnecer á la Iglesia ante la sociedad, presentándola como enemiga de la ciencia y del progreso, cuando ella sólo es enemiga del error y de la corrupción. Sabéis también cuán poderoso incentivo de la pasión sensual son los espectáculos lascivos, las novelas, el lujo inmodesto y ruinoso, la licencia

de costumbres y tantas otras prácticas naturalizadas en la vida moderna.

6. Así sucede que el mal de la sensualidad llega á ser casi incurable en el desgraciado que se ha dejado dominar por él. ¡Qué imperio tan difícil de derrocar el del hábito del deleite sensual! ¿Quién podrá romper esas cadenas? «Lejos de mí, volveré á decir con el autor citado, lejos de mí la idea de desalentar á una sola alma, ni exagerar nada por exceso de celo; la misericordia de Dios es infinita, y bien conoce Dios el limo de que está amasada la pobre humanidad; y, por otra parte, como Él es omnipotente, puede obrar de modo que baste un instante á su gracia para transformar un corazón como el de Magdalena, y purificar una alma como la de Agustín.... Pero, á despecho de lo que acabo de decir, es verdad que la pasión cuyos estragos denunció tiene con harta frecuencia por resultado, notadlo bien, carísimos oyentes, tiene por resultado hacer imposible para el corazón que domina, una vuelta sincera á la virtud.»

7. ¿Será, pues, preciso renunciar á toda esperanza de salud? ¿Habrán Dios de abandonar á la perdición temporal y eterna á tantas almas, por no decir, á la humanidad en masa? No, cristianos; pues á la gravedad imponderable del mal ha opuesto la divina misericordia un remedio heroico, así de curación para los más desahuciados enfermos, como de preservación para los todavía sanos ó no tan agravados por la mortal dolencia. ¿Cuál es este remedio? Oídlo, pecadores, oídlo, almas inocentes, oídlo, hombres todos que no os resignáis á ver morir al género humano sin recurso: el remedio es la sangre de Jesucristo, infiltrada en nuestras venas por el Sacramento de la Eucaristía. *Sanguis Christi emundat*